EL GATO Y LA LUNA, Y OTROS POEMAS — WILLIAM B. YEATS









William butler yeats

El gato y la luna, y otros poemas



William Butler Yeats

Nació en Dublín, Irlanda, en 1865.

Fue dramaturgo, poeta, periodista e incluso llegó a ser elegido como senador. Muchos han considerado que uno de sus grandes logros fue dotar de una independencia artística a la poesía irlandesa de las estructuras inglesas del momento. De allí que su poesía esté constituida por los ambientes, leyendas de origen celta y paisajes propios de su nación. En 1887, se instaló, junto con su familia en Londres y allí descubrió el hinduismo, la teosofía y el ocultismo, temas por los que se sintió muy atraído y sobre los cuales investigó, por ello, esta influencia es notoria en sus textos. Entre sus obras líricas destacan *Encrucijadas* (1889), *En los siete bosques* (1903), *Los cisnes silvestres de Coole* (1917), *La Torre* (1928), y *La escalera de caracol y otros poemas* (1933). En cuanto al género del teatro, entre sus piezas más resaltantes figuran *Mosada* (1886), *La fuente de los halcones* (1917) y *Purgatorio* (1938). En 1923, recibió el Premio Nobel de Literatura en reconocimiento a su trayectoria y a la revaloración del folklore irlandés en su obra.

Falleció en Francia, en 1939.

EL gato y la luna, y otros poemas
William Butler Yeats

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Yesabeth Kelina Muriel Guerrero
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

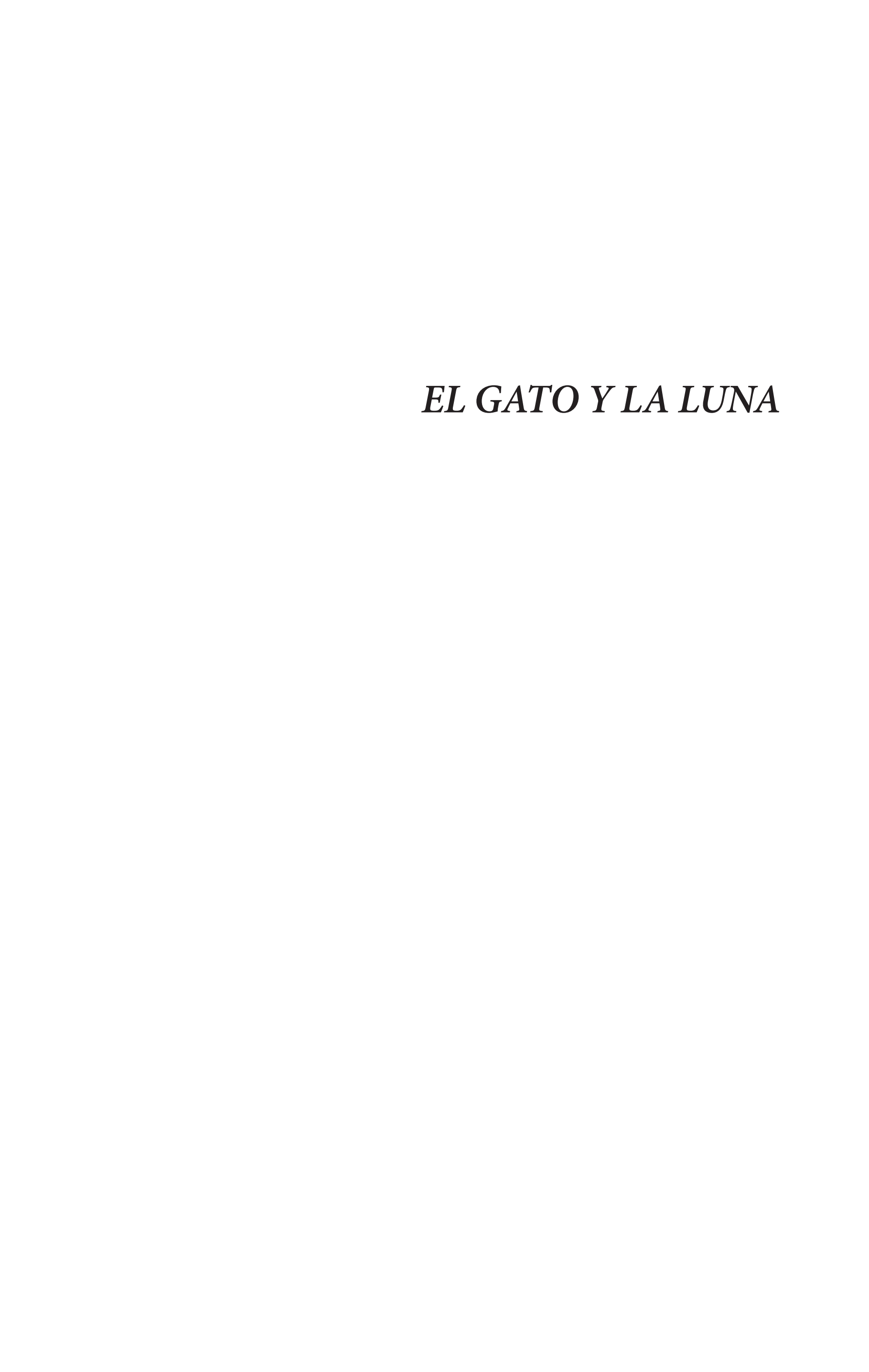
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



EL GATO Y LA LUNA

El gato y la luna

El gato iba de un lado para otro
y la luna giraba como un trompo,
y el pariente más cercano de la luna,
el gato sigiloso, miró arriba.
El negro Minnaloushe miró fijo a la luna,
pues allá donde fuera o sollozara,
la pura y fría luz del cielo
soliviantaba su sangre animal.
Minnaloushe corre por la hierba
alzando sus patitas delicadas.
¿Bailas, Minnaloushe, acaso bailas?
Si dos almas gemelas se encuentran,
¿qué mejor que organizar un baile?
Quizá la luna aprender pueda,
cansada de modales distinguidos,
otro paso de danza.
Minnaloushe se arrastra por la hierba
de un claro de luna a otro,
la sagrada luna sobre él
ha entrado en otra fase.
¿Sabe Minnaloushe que sus pupilas

pasarán de un cambio a otro,
y que de la luna llena a la creciente,
y de la creciente a la llena pasan?
Minnaloushe se arrastra por la hierba
solo, importante y sabio,
y observa las evoluciones de la luna
con sus cambiantes ojos.

Cantos de un loco

I

Un gato moteado y una liebre doméstica
comen frente a la losa de mi chimenea
y duermen allí:
Y ambos elevan hacia mí sus ojos
en busca de protección y sabiduría
lo mismo que yo elevo los míos hacia la Providencia.
Me sobresalto en sueños al pensar
que algún día pudiera olvidarme
de su agua y su comida;
o, habiendo dejado sin cerrar la casa,
que la liebre pueda huir hasta encontrar
la dulce nota del corno y el colmillo del perro.
Soporto una carga que pondría a prueba
a hombres que hacen según dice la regla,
¿y qué puedo hacer yo,
que soy un loco errático,

sino rezar para que Dios atenúe
mis grandes responsabilidades?

II

Dormí en mi banqueta de tres patas junto al fuego,
el gato moteado dormía en mis rodillas;
nunca se nos ocurrió preguntar
dónde pudiera estar la liebre parda,
y si estaba cerrada la puerta.
¿Quién sabe cómo bebería el viento,
empinada en dos patas en la estera,
antes de que hubiese decidido
tamborilear con el talón y brincar?
Si me hubiese despertado
y la hubiera llamado, podría haber oído,
quizás, y no se hubiera agitado,
mas ahora, tal vez, haya encontrado
la dulce nota del corno y el colmillo del perro.

El indio acerca de dios

Recorrí la ribera bajo árboles húmedos,
mi espíritu se mecía a la luz vespertina,
y en torno a mis rodillas los juncos,
mi espíritu se mecía con sueño y suspiros;
y vi pasar faisanes goteando por la hierba
de una cuesta, y vi que dejaban de seguirse
uno a otro en círculos, y oí que el más viejo decía:
«Quien sostiene el mundo en su pico
y nos hizo débiles o fuertes
es un faisán eterno y vive más allá del cielo.
La lluvia procede de Su goteante ala,
la luz de la luna de Sus ojos».
Seguí caminando y oí que un loto decía:
«Quien hizo el mundo y lo rige pende
de un pecíolo, pues estoy hecho a
Su imagen, y toda esta corriente cantarina
no es sino una gota de lluvia que se desliza
entre Sus amplios pétalos».
A un corto trecho, en la umbría, un corzo alzó
sus ojos rebosantes de luz de estrellas, y dijo:
«El Piafador de los Cielos

es un corzo manso; pues, ¿cómo si no,
Él podría concebir algo tan triste y suave,
algo tan manso como yo?».
Seguí andando un poco más y oí que decía un pavo real:
«Quien hizo la hierba y los gusanos y mis joviales
plumas es un pavo real gigante, y toda la noche agita
Su lánguida cola sobre nosotros,
encendida con miríadas de luces».

La caída de las hojas

El otoño está sobre las hojas que nos aman,
y sobre los ratones en las espigas de cebada;
amarillas, las hojas del serbal sobre nosotros,
y amarillas las húmedas hojas de las fresas silvestres.
La hora del amor que mengua se ha puesto
sobre nosotros, y fatigadas y viejas están nuestras almas.
Separémonos, antes de que la estación de la pasión
nos olvide, con un beso y una lágrima sobre tu frente gacha.

Ephemera

Tus ojos que en tiempos jamás se cansaban de los míos
se inclinan con pesar bajo caídos párpados,
pues nuestro amor declina. Y entonces ella:
—Aunque nuestro amor decline, quedémonos
una vez más junto al solitario borde del lago,
juntos en esa hora de mansedumbre en la que
esa pobre criatura fatigada, la Pasión, cae dormida:
qué lejanas parecen las estrellas, y qué lejos
nuestro primer beso, y, ay, ¡qué viejo mi corazón!
Absortos anduvieron entre marchitas hojas,
y lentamente él, que sostenía la mano de ella, repuso:
—La Pasión ha fatigado muchas veces nuestros
corazones errantes.
Los rodeaban los bosques, la hojarasca amarilla
caía como débiles meteoritos en la oscuridad
y un viejo conejo paseó cojeando por la vereda;
el otoño estaba sobre él, y ahora se encontraban
una vez más junto al borde solitario del lago;
volviéndose vio que ella se había puesto
hojas muertas reunidas en silencio, húmedas
como sus ojos, en el pecho y en el pelo.

—Ah, no te lamentes, dijo él, de que estemos cansados,
otros amores aguardan; en horas sin tribulaciones,
odia y ama. Ante nosotros se extiende la eternidad;
nuestras almas son amor y perpetua despedida.

El niño robado

Donde la agreste roca se sumerge
de los bosques de Sleuth en la laguna,
hay una frondosa isla
donde aleteantes garzas despiertan
a las amodorradas ratas de agua;
allí ocultamos nuestras cubas de hadas
que rebosan de bayas
y rojísimas cerezas robadas.
¡Vamos, vamos, niño humano!
Al agua y la naturaleza
con un hada de la mano,
que el mundo lo llena el llanto
más de lo que puedas creer.

Donde la ola de luz de luna alumbra
la arena oscura y gris,
lejos en la punta de *Rosses*,
toda la noche caminamos,
hilando danzas antiguas,
entremezclando manos y miradas
hasta que alza el vuelo la luna;

brincamos de un lado para otro
persiguiendo en la espuma las burbujas
mientras el mundo colman inquietudes
y lleno de ansiedad malduerme.
¡Vamos, vamos, niño humano!
Al agua y la naturaleza con un hada
de la mano, que el mundo lo llena
el llanto más de lo que puedas creer.

Donde el agua errabunda sale a chorros
de las cimas que se alzan en *Glen-Car,*
en charcas entre los juncos
que apenas podrían bañar una estrella,
buscamos truchas soñolientas
y susurrándoles al oído
les provocamos sueños intranquilos;
apartándose suavemente
de helechos que vierten sus lágrimas
en los arroyos jóvenes.
¡Vamos, vamos, niño humano!
Al agua y la naturaleza con un hada
de la mano, que el mundo lo llena
el llanto más de lo que puedas creer.

Con nosotras viene
el de solemnes ojos;
ya no volverá a oír el mugido
de terneras en la cálida ladera,
ni la tetera en la repisa
le insuflará paz en el corazón,
ni verá a los ratones agitarse
en torno de la caja de la avena.
Pues ya viene el niño humano.
Al agua y la naturaleza
con un hada de la mano,
que el mundo lo llena el llanto
más de lo que pueda creer.

A una isla en el agua

Vergonzosa, vergonzosa,
vergonzosa de mi corazón,
se mueve a la luz del fuego
pensativa y distante.
Acarrea los platos
y los coloca en hilera.
A una isla en el agua
querría llevármela.
Acarrea las velas
y enciende el cuarto en penumbra,
vergonzosa en el umbral
y vergonzosa en las sombras.
Y vergonzosa como un conejo,
servicial y vergonzosa,
a una isla en el lago
querría volar con ella.

Por las saucedas abajo

Por las saucedas abajo,
mi amor y yo nos encontramos;
ella pasó junto a los sauces
con pies blancos cual la nieve.
«Tómate el amor con calma,
como la hoja crece en el árbol»,
dijo; mas yo, joven y tonto,
no pensé lo mismo que ella.
En un prado junto al río,
mi amor y yo nos detuvimos,
y sobre mi hombro, inclinado,
puso su mano de nieve.
«Toma la vida con calma,
como la hierba crece en la presa»,
pero yo era joven y tonto,
y hoy estoy lleno de lágrimas.

La meditación del viejo pescador

Vosotras, olas, aunque dancéis a mis pies
como niños que juegan,
aunque brilléis y relumbréis,
aunque ronroneéis y os abalancéis,
en junios más cálidos que estos
las olas eran más alegres,
cuando yo era un muchacho
con el corazón intacto.

Ya no hay arenques en la mar
como antaño; ay, cómo crujían
las cestas en el carro que llevaba
las capturas a Sligo para su venta,
cuando yo era un muchacho
con el corazón intacto.

Y tú, orgullosa muchacha,
no eres tan bella cuando su remo
se oye en el agua como eran,
distantes y altivas, las que caminaban

por la tarde junto a las redes y pedruscos,
cuando yo era un muchacho
con el corazón intacto.

La rosa del mundo

¿Quién soñó que la belleza pasa como un sueño?
Por estos labios rojos, con todo su triste orgullo,
triste de que ningún nuevo portento pueda suceder,
Troya desapareció en funérea lumbre
y los hijos de Usna murieron.
Pasamos con el mundo jadeante:
entre almas que flaquean y el paso ceden,
como las aguas pálidas en su curso invernal,
bajo estrellas que pasan, espuma de los cielos,
continúa viviendo esta faz solitaria.
Inclinaos, arcángeles, en vuestra oscura morada:
antes de que vosotros existierais, o corazones
latieran, cansada y dulce una se quedó ante
Su asiento; y Él hizo que el mundo fuera
un camino de hierba ante sus pies errantes.

Canción de hadas

Cantada por el pueblo de las hadas a Diarmuid
y Grania, cuando dormían su sueño nupcial
bajo un cromlech.

Nosotros que somos viejos, viejos y alegres,
¡oh, tan viejos!
Miles de años, miles de años,
si se dijera todo,
damos a estos hijos, nuevos que vienen al mundo,
silencio y amor:
Y que las largas horas que vierten rocío de la noche,
y las estrellas del cielo,
den a estos hijos, nuevos que vienen al mundo,
descanso, lejos de los hombres.
¿Existe algo mejor, algo mejor?
Dígannos.
Nosotros que somos viejos, viejos y alegres,
¡oh, tan viejos!
Miles de años, miles de años,
si se dijera todo.

La tristeza del amor

La voz de un gorrión en el alero,
la brillante luna y la Vía Láctea,
y la ilustre armonía de las hojas
han borrado la imagen del hombre y de su llanto.
Una joven se alzó de labios tristes
y apareció el sollozo universal,
aciaga como Ulises y las naves
y ufana como Príamo entre sus pares muerto;
se alzó, y de inmediato los aleros,
la luna aupada en un cielo vacío,
y todos los lamentos de las hojas
compusieron la imagen del hombre y de su llanto.

Cuando seas vieja

Cuando ya seas vieja y canosa, y con sueño
descabezadas junto al fuego, coge este libro
y léelo soñando con la mirada suave
que tuvieron tus ojos, y con sus hondas sombras;
y cuántos tus momentos de alegre gracia amaron,
y tu belleza, con falso o con sincero amor,
mas solo uno amó en ti el alma peregrina,
y amó las aflicciones de tu cambiante rostro;
e inclinándote luego junto a encendidas barras,
susurra, algo apenada, cómo se fue el Amor
al paso por encima de las altas montañas
y su rostro ocultó entre un sinfín de estrellas.

Los pájaros blancos

¡Quisiera que fuésemos, cariño,
pájaros blancos sobre la espuma del mar!
Nos cansamos de la llama del meteoro,
antes de que pueda apagarse y escapar;
y la llama del lucero azul del crepúsculo,
que bajo cuelga sobre el borde del cielo,
ha despertado en nuestros corazones,
cariño, una tristeza que querría no morir.
Una fatiga surge de esos soñadores
salpicados de rocío, el lirio y la rosa;
ah, no sueñes con ellos, cariño,
la llama del meteoro que se va,
o la llama del lucero azul que bajo
pende mientras desciende el rocío:
pues me gustaría que nos tornáramos
pájaros blancos sobre la errante espuma,
¡tú y yo! Me rondan islas sin cuento,
y muchas costas de los *Tuatha De Danaan*,
donde el Tiempo sin duda nos olvidaría,
y la Tristeza no se nos acercaría ya nunca;

pronto lejos de la rosa y el lirio,
y preocupados por las llamas, estaríamos,
¡si solo fuésemos pájaros blancos,
cariño, a flote sobre la espuma del mar!

El hombre que soñó con el país de las hadas

En medio del gentío en *Drumahair*,
de un vestido de seda se prendó,
y por fin conoció cierta ternura
antes de que la tierra lo abrazara.
Alguien echó pescados en un cesto,
y entonces él creyó que estos alzaban
sus pequeñas cabezas plateadas
cantando lo que vierte la dorada
mañana o las lucernas vespertinas
en una isla olvidada por el mundo
donde se da el amor junto a las olas;
que los votos de amor no quiebra el Tiempo
bajo el techo inmutable de las ramas:
el canto le privó de su sosiego.
Anduvo por la arena en *Lissadell*;
y dio en pensar en sumas de dinero
y todos los cuidados que acarrea,
y por fin conoció prudentes años
antes que lo enterraran bajo el monte;
mas yendo por terrenos cenagosos
con boca gris, sucísima, un gusano

cantó que en un lugar lejos de allí
residía una raza jubilosa
bajo cielos de oro o plateados;
y que si un bailarín se refrenaba,
y a sus ávidos pies, uno diría
que el sol y la luna daban frutos:
y ante ese canto ya no fue prudente.
Caviló junto al pozo de Scanavin;
de los que se burlaban de él, al punto
se fue a vengar con saña legendaria
antes de que la noche lo engullera;
pero una brizna de hierba en la laguna
—cruel sin necesidad— cantó que existe
un sitio en que el silencio más atávico
en su raza elegida impone el júbilo,
no importa que las aguas encrespadas
batan, o que la plata tormentosa
contra el oro del día se levante
y la noche cual capa los envuelva
y el amante esté en paz junto a su amada.
El canto disipó su gran enojo.
Durmió bajo la cumbre en Lugnagall;
podría haber dormido a pierna suelta
bajo la cima fría y vaporosa,

ahora que la tierra lo guardaba,
si el verme que alentaba entre sus huesos
con aflautado grito no dijera
que Dios había puesto sobre el cielo
Sus dedos que derraman el verano
sobre aquel bailarín y el oleaje
que bate en derredor y que no sueña.
¿Por qué aquellos amantes olvidados
habrían de soñar hasta que mueran
y Dios apague el mundo con un beso?
El hombre no halla paz ni en su sepulcro.

Los dos árboles

Mira, amada, tu propio corazón,
el árbol más sagrado crece allí;
sagradas ramas saltan de la dicha,
y dan todas las flores temblorosas.
Los colores cambiantes de su fruto
han dado luz alegre a las estrellas;
de su raíz oculta, la certeza
ha plantado el silencio de la noche;
con su copa frondosa, estremecida,
su melodía ha dado al oleaje,
y hace casar mis labios con la música,
susurrando por ti un canto de mago.
Los amores allí danzan en corro,
el círculo encendido de los días,
que de un lado a otro gira y brota
con la dulce ignorancia del follaje;
recordando el cabello alborotado
y sandalias aladas que se lanzan,
tus ojos se desbordan de cariño:
mira, amada, tu propio corazón.
No mires más en el amargo espejo,

con su sutil astucia, a los demonios
alzarse ante nosotros cuando pasan,
o, si lo haces, míralo solo un poco;
pues allí crece una imagen fatal
que la noche recibe tempestuosa,
raíces medio ocultas por la nieve,
y ramas rotas y hojas renegridas.
Porque todo se vuelve cosa estéril
al verse en el espejo demoníaco,
el espejo de la fatiga externa,
creada cuando Dios durmiera antaño.
Allí, por el ramaje roto, van
los cuervos del inquieto pensamiento;
volando, gritando por doquier,
con garras crueles y ávidas gargantas,
o tiesos mientras huelen en el aire
y sacuden sus alas andrajosas.
¡Ay! Tus ojos, tan tiernos, hoy son crueles:
no mires más en el amargo espejo.

El corazón de la mujer

Oh, qué me importa ya la alcoba aquella
que colmaban plegarias y el descanso;
él me pidió salir a las tinieblas
y mi pecho reposa sobre el suyo.
Oh, qué las atenciones de mi madre,
donde vivía a salvo y al abrigo;
con la sombría flor de mi cabello,
yo nos ocultaré de la tormenta.
Oh, pelo ocultador bajo el rocío,
muy lejos de la vida y de la muerte
mi corazón reposa sobre el suyo,
mi aliento está mezclado con su aliento.

Se lamenta por el cambio que han sufrido él y su amada, y anhela el fin del mundo

¿No oyes mi clamor, cierva blanca sin cuernas?
He sido transformado en un sabueso con una oreja roja;
he estado en el Camino de las Piedras
y el Bosque de Espinos, pues alguien escondió
odio y esperanza y deseo y temor bajo mis pies,
para que noche y día te sigan.
Un hombre con una vara de avellano vino
sin hacer ruido; me transformó de súbito,
yo miraba a otra parte; y ahora mi clamor
no es sino el de un sabueso; y Tiempo
y Nacimiento y Cambio pasan veloces a mi lado.
Quisiera que el Jabalí sin cerdas hubiese venido
del oeste y arrancado del cielo el sol y la luna
y las estrellas y yaciera en la oscuridad,
gruñendo, entregado al descanso.

El valle del jabalí negro

Lento gotea el rocío y se congregan los sueños;
lanzas desconocidas pasan volando súbitas
ante mis ojos que han despertado de un sueño,
y entonces el choque de jinetes caídos
y los gritos de ejércitos desconocidos
que perecen golpean junto a mi oído.
Quienes aún nos afanamos junto al crómlech,
en la playa, el túmulo gris en la colina,
cuando el día se hunde ahogado en el rocío,
temerosos de los imperios del mundo,
nos inclinamos ante ti, señor de las
estrellas silenciosas y la flamígera puerta.

La rosa secreta

Remota, secretísima, inviolada
Rosa, envuélveme en la hora de mis horas,
donde aquellos, que en el Santo Sepulcro
o en el tonel de vino te buscarán,
habitan más allá del alboroto
y el fragor de los sueños derrotados;
hundida entre los párpados muy pálidos,
cargada con el sueño que los hombres
han llamado Belleza. Con tus hojas
envuelves viejas barbas y los yelmos
de oro y de rubí de coronados
Magos; y a aquel rey cuyos ojos vieron
las Manos Traspasadas y la Cruz
de saúco elevarse entre un vapor
druídico y nublarse las antorchas,
y luego enajenado se murió;
y aquel que a Fand halló junto a las llamas
en una costa gris sin viento alguno
y perdió al mundo y a Emer por un beso;
y a aquel que echó a los dioses de su castro

y cien auroras rojas hizo fiestas
y lloró junto al túmulo a sus muertos;
y aquel rey soñador que desterrara
lejos de sí corona y pesadumbres,
y convocando a bardos y bufones
vivió entre vagabundos en la fronda;
y a quien vendió sus tierras y sus bienes
y buscó muchos años por países
hasta hallar, entre lágrimas y risas,
a una bella mujer, tan luminosa
que trillaban maíz a medianoche
junto a una trenza suya que le hurtaran.
Así también yo aguardo la hora grave
de tu gran vendaval de amor y de odio.
¿Cuándo se apagarán las luminarias
del cielo, como chispas de una forja,
y morirán? ¿Llegada es ya tu hora?
¿Sopla ya tu gran vendaval, oh Rosa
remota, secretísima, inviolada?

El amante suplica a los poderes elementales

Cuando los Poderes cuyos nombre y apariencia nadie conoce
hayan arrancado la Rosa Inmortal;
y aunque las Siete Luces se hayan inclinado en su baile y llorado,
y el Dragón Polar dormido,
y desenroscado sus pesados anillos de un trémulo piélago a otro,
¿cuándo despertará?
Grandes Poderes de la ola que cae y el viento sobre el fuego,
con vuestro coro armonioso
rodead a la que amo y cantadle hasta que quede tranquila,
para que mi antigua preocupación pueda acabar;
desplegad vuestras alas llameantes y apartad de la vista
las redes del día y de la noche.
Oscuros Poderes del pensamiento soñoliento, que no sea
ella como la pálida concha marina
cuando los vientos se congregan y el sol y la luna arden borrosos
sobre su borde nublado;
mas que un suave silencio hecho con música fluya
adonde van sus pasos.

El violinista de Dooney

Cuando mi violín toco yo en Dooney
la gente baila como una ola en el mar;
mi primo es cura en Kilvarnet,
mi hermano lo es en Mocharabuiee.
Yo he superado a mi hermano y mi primo:
ellos leen libros de oraciones;
yo leo mis libros de canciones
que compré en la feria de Sligo.
Cuando vayamos al final de los tiempos
a san Pedro, solemnemente sentado,
él sonreirá a las tres viejas almas,
pero a mí me llamará el primero a la puerta;
pues los alegres son siempre los buenos,
salvo que sea por un azar maligno,
y a los alegres les encanta el violín,
y a los alegres les encanta bailar.
Y cuando la gente de allí me vea,
todos se acercarán a mí,
diciendo: «¡He aquí el violinista de Dooney!»,
y bailarán como una ola en el mar.

La seducción de lo difícil

La seducción de lo difícil
ha secado la savia de mis venas
y roto la espontánea alegría
y el gozo innato de mi corazón.
Algo hay que inquieta a nuestro potro
que, como si no hubiese nacido de los dioses
ni brincado en las nubes del Olimpo,
tiembla bajo la fusta, tira, suda
y bufa igual que si arrastrara grava.
Malditas obras
que se han de montar de mil maneras,
la lucha diaria con bribones, bobos
y toda la farándula y sus gentes.
Prometo que antes que retorne el alba
iré a la cuadra y quitaré el pestillo.

Todo puede tentarme

Todo puede tentarme a abandonar el verso;
un rostro de mujer en tiempos, o peor:
las supuestas demandas de este país de necios,
cualquier cosa que venga más rápido a la mano
que esta habitual labor. Cuando yo era más joven,
jamás hubiera dado un duro por un canto
si el poeta al cantarlo no se daba unos aires
que me hicieran creer que guardaba una espada;
mas hoy quisiera ser, de obtener mi deseo,
más gélido y más mudo y más sordo que un pez.

A una amiga cuyo esfuerzo ha sido en vano

Ahora que se sabe la verdad,
sé discreta y toma la derrota
de una bronca garganta,
pues ¿cómo puedes competir,
criada en el honor, con aquel
que, si se probara que miente,
no se avergonzaría ante sus ojos
ni a ojos del vecino?
Criada para algo más duro
que el triunfo, da la vuelta
y como una cuerda que ríe
tañida por dedos frenéticos
en medio de un lugar hecho de piedra,
sé discreta y disfruta,
porque de todas las cosas conocidas
eso es lo más difícil.

Amigas

Ahora debo elogiar a estas tres:
tres mujeres que me han proporcionado
cuanto de dicha haya habido en mis días.
Una porque ningún pensamiento,
ni esos desasosiegos que no pasan,
no, nunca durante estos quince años
en tantas ocasiones turbulentos,
jamás se pudo interponer
entre una mente y otra mente encantada;
y otra porque su mano
tuvo fuerza para desatar
lo que nadie puede comprender,
lo que nadie puede tener y prosperar,
la sutil carga de la juventud,
hasta que tanto me cambió que vivo
esforzándome en el éxtasis.
¿Y qué decir de aquella que cogió
todo hasta que se fue mi juventud
sin tan solo una mirada de lástima?
¿Cómo podría elogiar a esta?

Cuando comienza a despuntar el día,
considero mis bienes y mis males,
sin conciliar el sueño a causa de ella,
y recordando lo que tuvo,
qué mirada de águila ostenta aún,
de la raíz del corazón
asciende una dulzura tan inmensa
que tiemblo de pies a cabeza.

A una muchacha

Querida, querida, sé
mejor que nadie
qué te hace latir así el corazón;
ni siquiera tu madre
lo puede saber como yo,
que rompí mi corazón por ella
cuando el pensamiento salvaje
que ella niega
y ha olvidado
hizo bullir toda su sangre
y relució en sus ojos.

Los estudiosos

Calvos que no recuerdan sus pecados,
vejetes, eruditos, respetables,
editan y anotan los versos
que jóvenes inquietos en sus camas
rimaron con la fiebre del amor
para halagar al ignorante oído de la belleza.
Todos arrastran los pies; todos tosen sobre la tinta,
y desgastan la alfombra con sus pasos;
todos piensan lo que otros piensan:
todos conocen a quien conoce su vecino.
Oh, Señor, ¿qué dirían
si su Catulo caminara así?

Su valentía

Cuando su alma vuele al lugar predestinado de la danza
(no tengo lengua, sino símbolos, la lengua pagana que creé
entre los sueños de la juventud), que se encuentre cara a cara,
entre aquel asombro primero, con la sombra de Grania,
olvidado todo menos el terror de la fuga por los bosques
que le hizo querido a Diarmuid, y con algún viejo cardenal
caminando con párpados entrecerrados bajo la solana
que había susurrado de Giorgione al expirar su último aliento;
sí, y con Aquiles, y Timor, Babar, Barhaim, todos
los que han vivido dichosos y se han reído de la Muerte en su cara.

El cielo frío

De repente vi el cielo frío en que se delectaban los grajos
que parecía como si el hielo ardiera y fuera aún más hielo,
y entonces la imaginación y el corazón enloquecieron
tanto que todo pensamiento intrascendente
se desvaneció, y no dejó sino recuerdos desparejados
con la caliente sangre de la juventud, del amor que
cruzamos hace mucho; y yo asumí la culpa
sin ningún sentido o razón, hasta que lloré y temblé
y me estremecí, acribillado por la luz.
¡Ay! Cuando el fantasma comienza a animarse,
terminada la confusión del lecho de muerte,
¿es enviado desnudo a los caminos,
como dicen los libros, y golpeado con el castigo
de la injusticia del firmamento?

Por las saucedas abajo,
mi amor y yo nos encontramos;
ella pasó junto a los sauces
con pies blancos cual la nieve.
«Tómate el amor con calma,
como la hoja crece en el árbol…»

Colección
Lima Lee

